

Los libros en Europa

I vincoli del disinganno. Per una nuova interpretazione di Montaigne, Nicola Panichi. Leo Olschki Editore, Firenze, 2004, 466 pp.

Prosiguiendo la serie de sus trabajos sobre Montaigne, la escritora de Urbino aborda la situación del escritor de Burdeos en su contexto renacentista y en su actualidad. Para ello privilegia la noción de vínculo plural propuesta por el humanismo: vínculos entre individuos, del hombre con la naturaleza, entre civilizaciones y culturas, y el más paradójico y decisivo, el vínculo de diferencia del yo consigo mismo. En éste se basa el razonamiento de la soledad como duplicidad y de apertura al otro, hasta colocarse en su punto de vista.

Montaigne, en efecto, ha intentado una de las empresas mayores de Occidente: mirarse desde la otredad, bajo la conducción de esa madre prudente y justa que es la naturaleza. En ella alienta el valor pedagógico de una suerte de persuasión subterránea que aflora en la diversidad humana de las culturas. Somos todos diferentes en ellas, que son nuestras realida-

des y realizaciones, pero somos, al tiempo, iguales en dignidad.

En estos incisos reside la insistente modernidad de Montaigne, porque fundamentan la existencia de la tolerancia como hondura natural de nuestra condición, y rechazan la fuerza imperial y la tiranía como patología de la vida política. El hombre se duplica porque se imagina otro e imagina al otro. Así, la imaginación es órgano del saber y modelo de reflexión, más allá o más acá del razonamiento y de la ciencia. El ser es discurso, decir a los otros, punto de partida del vivir juntos y apretar relaciones. Decir es siempre decir al otro, tenerlo en cuenta, demandarlo, imaginar que se hace cargo de lo dicho.

El yo «alterado» de Montaigne es inestable, ondulante, hasta intermitente. Pero no cae en el extremo del escepticismo que se niega a sí mismo como nihilista sino, por el contrario, se afirma afirmándose en los otros. Un elemento de fuerte afirmación es, como subraya Panichi, la libertad de consciencia porque obliga, curiosamente, a proclamar al sujeto: soy libre.

Un paciente recorrido textual y bibliográfico cumple con orden y diafanidad la autora, demostrando por qué y cómo el bordalés resulta nuestro contemporáneo y no, según manda la rígida erudición, nosotros contemporáneos de él. Entre las enseñanzas de Montaigne figura la de que la historia ondula y deviene en una especie de presente continuo donde su ayer es nuestro hoy.

Ortodoxia y herejía entre la antigüedad y el medievo, *Emilio Mitre. Alianza, Madrid, 2004, 188 pp.*

¿Qué es una herejía? Difusamente, este libro da una respuesta: la ortodoxia que no pudo ser. Para probarlo, examina la formación de la ortodoxia católica a lo largo de la Edad Media. Siendo en su origen el cristianismo una escuela mesiánica judía reunida en torno a Cristo o a Juan el Bautista, esencialmente apolítica, se convierte en una organización continental con voluntad universal y, finalmente, en la religión imperial romana. Para ello se distancia paulatinamente de su matriz judía y de toda gnosis, instaurando una cultura del discurso autorizado por los sabios de la institución, representante

única y exclusiva de la inspiración divina, del Verbo que aletea en el Espíritu Santo, y declarando hereje a quien no coincida con ella. O sea: es el poder de excluir lo que excluye al hereje y convierte a la secta en institución.

El medievo conoció docenas de herejías y una paulatina formación de la ortodoxia, que resultó católica como pudo ser arriana o prisciliana. Las discusiones entre teólogos oscilan entre lo pintoresco y lo patético, sobre todo al pensarse que, por quisquillas de palabras, la gente se mataba, era torturada y encarcelada. En general, como muestra Mitre, la Iglesia tendió a forjar verdades permanentes, sin pizca de novedad, exotéricas, razonadas, en síntesis: discursivas. Verdades que debían explicitarse y, en consecuencia, podían ser controladas.

El autor expone, con excelente capacidad sintética y profusa cita de fuentes, el estado de la cuestión. Por un lado, interesa a quien interroga a esta Edad Media tan discutidora y sutil, enorme y delicada como una catedral gótica. Por otro lado, señala que la disputa entre pensamiento ortodoxo y libertad de pensamiento, está lejos de ser inactual. Que concilios y artículos de fe sigue habiéndolos y no sólo entre eclesiásticos.

En busca del entendimiento. Conversaciones a la orilla del mar, Alain. Edición de Robert Bourgne. Traducción de Carmen García Cela. Losada, Madrid, 2004, 220 pp.

Losada sigue con su buena costumbre de editar a Alain, el filósofo olvidado o desconocido en nuestra lengua. Ahora toca el turno a una suerte de nueve diálogos platónicos escritos en 1929 y en los cuales la orilla del mar simboliza la estabilidad de la naturaleza frente a la inestabilidad del devenir humano y su pensamiento. La naturaleza rompe el pensamiento porque es impenetrable y evidente, dos cualidades que resultan incompatibles al entendimiento. Alain juega con el doble sentido del *entendre* francés: entender y escuchar. No simplemente ver sino oír con atención la voz de lo invisible.

Paul Valéry está presente en estos coloquios, aunque sin nombrarlo, acaso citando algún verso suyo como si fuera anónimo (lo que Valéry mejor ansiaba). Como en él, en Alain la obsesión es la calidad última de lo real, que se persigue sin alcanzarse. La idea se hace palabra. Si no se verbaliza, no es nada pero si se verbaliza se convierte en cosa, algo que puede medirse y cuya medida es meramente relativa. Conocer, en tanto es conocer de cosas, supone o implica intuición. Impone, a su vez, un orden en el mundo inena-

rrable de las cosas. Entre la intuición que es instantánea y el orden que es sucesivo, se mueve el pensamiento sin dejar de moverse, como el mar. Y la palabra que lo manifiesta, tampoco cesa de moverse entre el sonido que se escucha y el sentido que se siente y se razona.

Alain huye del sistema, de la jerga, de la demostración. Quiere que su escritura simule o imite el movimiento de lo real, que afecta también a la interioridad del lenguaje. Es un dialéctico, aunque el vocablo no le guste, porque lo entiende como mero uso del dialecto, de la palabra que demuestra y concluye. O, por mejor decir, actúa como ese poeta cuyo modelo es convertir las paradojas en lugares comunes, lugares donde todos coincidimos, como en un atardecer estival a orillas del mar.

¿Qué es la política? Tres respuestas: Aristóteles, Weber y Schmitt, Javier Franzé. La Catarata, Madrid, 2004, 247 pp.

La existencia de la política como teoría y actividad parece ser una de las constantes del pensamiento occidental. A ello se añade que, en buena parte de su recorrido, se ha pensado como algo universal. Franzé, politólogo

argentino radicado en España, hace un rastreo sistemático del problema, exponiéndolo con un lenguaje de sintética diafanidad y en un orden que favorece el itinerario a través de una selva intelectual especialmente densa.

Los elementos en juego se remontan a una disidencia griega (cuándo no): los sofistas, para quienes las políticas son divergentes sistemas de valores, neutros entre sí e incommunicables –relativos, en consecuencia– y Platón, que propone valores políticos universales, objetivos y absolutos. Una síntesis puede ser Aristóteles, cuyo realismo admite las categorías platónicas, pero dadas como distintas en el espacio y en el tiempo, o sea vistas como históricas y no como intemporales.

El cuestionamiento de la construcción aristotélica tiene como escenario privilegiado la Alemania del siglo XX, con Max Weber y Carl Schmitt en cabeza. Para ambos, con matices, lo político no es del orden de los valores y los fines, como en conclusión propone el maestro peripatético: la política es, como la ética, una disciplina del deber ser, que atañe al bien, a la felicidad de la vida en común, a la razón como facultad para hallar pautas objetivas de convivencia que aseguren la realización del bien general.

Weber y Schmitt sitúan lo político en el mundo de lo fáctico que se vuelve jurídico, o sea nor-

ma compulsiva. Son el poder y su ejercicio –la guerra o el dominio– quienes fundamentan la norma y no al revés. La política, según quería ya Clausewitz es bélica o posbélica, batalla o armisticio, pero no discusión y pacto.

Como bien señala Franzé, una zona decisiva del mundo contemporáneo puso en escena, durante el siglo XX, la facticidad de la política, ajena a cualquier consideración universal que no fuera el poder mismo, abstracto y vacío de contenido. Un pesimismo antropológico acompañó a esta tremenda experiencia y sabe el tiempo si no seguirán en dura compañía como programa de futuro.

Federico García Lorca. *L'oeuvre et les sexes imaginaires*, Michèle Ramond. Édisud, Aix-en-Provence, 2004, 192 pp.

El mundo lorquiano, tan rico de noticias sensibles, corporales, no podía dejar de interesar a una mirada atenta como la de Ramond, en busca de las identidades sexuales en juego. Las hay de todos los colores y gustos. La mujer que instaura el mito de la gran virilidad, el hombre de buen semen que llena el mundo (la aldea) de hijos legítimos o menos; la madre que se convierte en un ser intangible por la mediación del tabú hasta que se la descubre masculina,